

capítulo DOS



la muchacha de los zapatos verdes



A veces imaginamos con tal intensidad que lo imaginado acaba convirtiéndose en realidad.

Cuando Pilar Pla le dijo a mi madre que veía en mí a una maniquí, intuí que algo muy importante estaba a punto de suceder en mi vida. Como algunos niños que un día sueñan con ser astronautas y otros domadores de leones, yo unas veces quería ser bailarina y otras actriz. Así que, en cierto modo, la posibilidad de que me convirtiese en maniquí tenía mucho que ver con mi espíritu artístico.

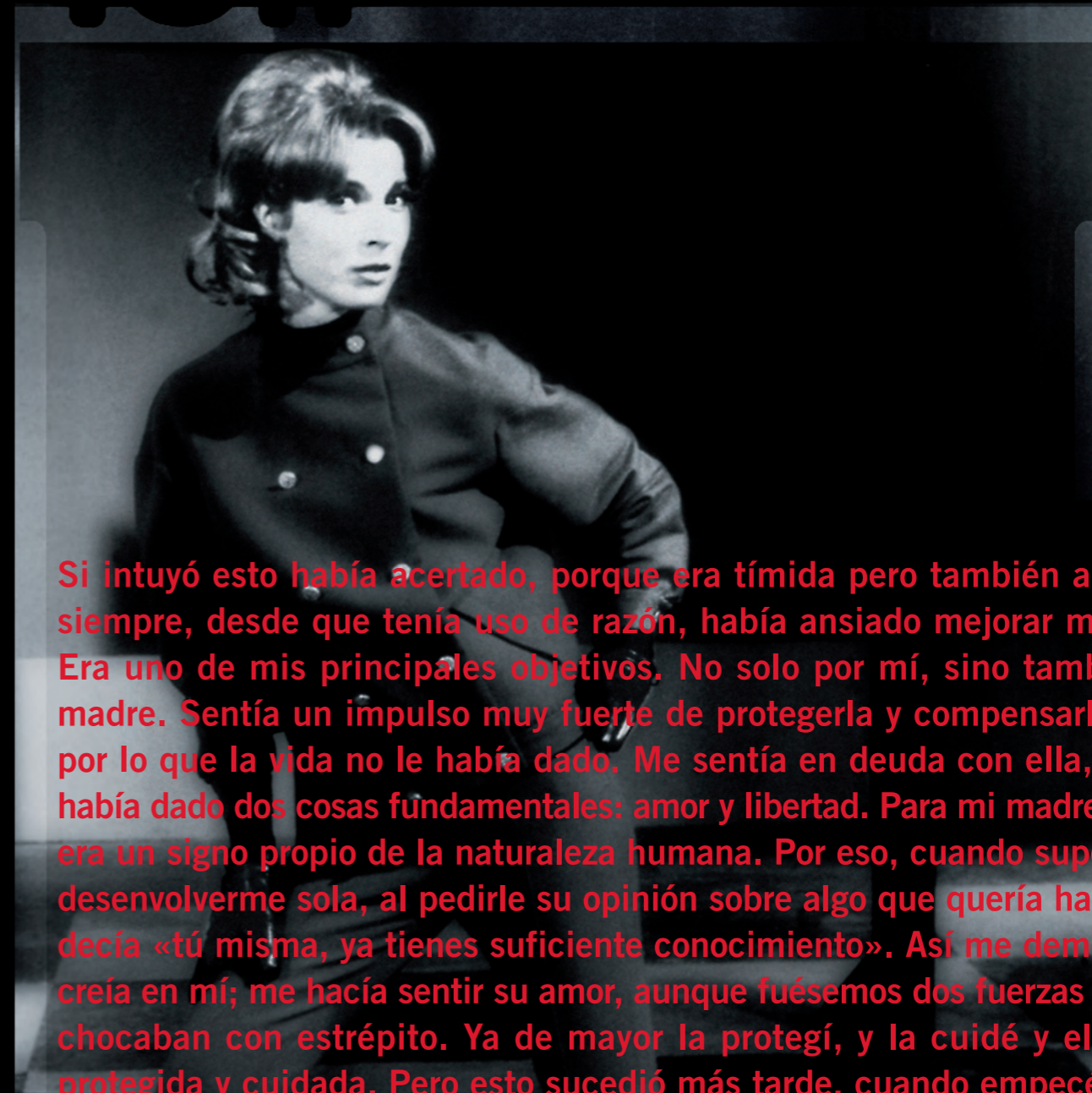
Como el entusiasmo no estaba exento del temor al fracaso, mi madre quiso asegurarse el éxito y aceptó que, antes de hacer cualquier intento con algún personaje de la alta costura, fuese a ver a Carmen Paré, la maniquí amiga y vecina de Pilar que trabajaba para el modisto Pertegaz.

Con natural nerviosismo acudí a la cita acompañada de Pilar. A mí me palpitaba el corazón como me palpita siempre que intuyo que algo importante está a punto de sucederme. Siempre he sido muy intuitiva, lástima que no me haya escuchado siempre, pues de haberlo hecho me habría ahorrado más de un disgusto y cometido menos fallos. Pero, como dicen, de los fallos también se aprende.



la puerta au mundo mágico

Aunque yo había crecido entre tejidos y telas, cuando entré en casa de la maniquí comprendí que me adentraba en un mundo distinto del que conocía. Carmen Paré resultó una persona afable, sencilla y generosa. Como hija de trabajadores que era, se identificó conmigo apenas me vio y procuró avisarme sobre lo que me iba a encontrar y al mismo tiempo animarme y darme seguridad. Acaso percibió que yo, aunque no lo pareciera, era una chica tímida y muy insegura que, como tal, estaba arriesgándome para demostrarme a mí misma que podía dar un gran paso para salir de donde me hallaba.



Si intuyó esto había acertado, porque era tímida pero también ambiciosa, y siempre, desde que tenía uso de razón, había ansiado mejorar mi situación. Era uno de mis principales objetivos. No solo por mí, sino también por mi madre. Sentía un impulso muy fuerte de protegerla y compensarla algún día por lo que la vida no le había dado. Me sentía en deuda con ella, porque me había dado dos cosas fundamentales: amor y libertad. Para mi madre, la libertad era un signo propio de la naturaleza humana. Por eso, cuando supo que podía desenvolverme sola, al pedirle su opinión sobre algo que quería hacer, ella me decía «tú misma, ya tienes suficiente conocimiento». Así me demostraba que creía en mí; me hacía sentir su amor, aunque fuésemos dos fuerzas que a veces chocaban con estrépito. Ya de mayor la protegí, y la cuidé y ella se sintió protegida y cuidada. Pero esto sucedió más tarde, cuando empecé a mirarme en el espejo y a creer en mí; cuando empecé a trabajar y a sentir que era yo misma. Cuando corté el cordón umbilical.

La timidez es algo con lo que también luché siempre. Yo era alta y en aquel tiempo no había muchas mujeres altas. Cuando iba en el metro y las veía inclinarse para disimular su altura, yo me apoyaba en la puerta para permanecer erguida, recta, porque no quería andar encorvada como ellas. No quería tener complejos; quería aceptarme como era y aceptar a los demás también tal como eran. Sin embargo, a veces sucumbía a mi timidez. Recuerdo que, siendo ya maniquí, solía dar un rodeo porque me daba vergüenza pasar frente al Sándor, el café de la plaza Francesc Macià, entonces llamada Calvo Sotelo, que era la pasarela social de Barcelona. Era chocante, me comía el mundo cuando desfilaba, pero no en la calle. Ahora pienso que si organizaba fiestas en la terraza de mi casa y hacía cosas que requerían un poco de audacia era para desafiarme a mí misma y superar la timidez. Era una tímida audaz.

Sin dudarlo y con la mayor naturalidad, Carmen se ofreció a prepararme para que me presentara ante los modistos con alguna garantía. Consideró que valía para maniquí, pero que era un diamante que había que pulir.

Me advirtió que la profesión era dura y que para demostrar que podía ser una profesional sería debía luchar sin bajar nunca la guardia. Mi físico sin duda me iba a ayudar, pero serían mi empeño y un poco de suerte los factores que finalmente harían que saliera bien parada. Empeño puse mucho y de la suerte no me puedo quejar, pues, a pesar de mis limitaciones con la vista, logré hacer mi carrera.

Carmen me dijo que si quería podía prepararme desde el día siguiente, yendo a su casa por la tarde o por la noche o los sábados por la mañana, dado que ella trabajaba. Lo primero que debía aprender era a caminar con zapatos de tacones altos. Hasta aquel momento y debido a mi edad y mi altura jamás los había llevado. Al imaginarme con ellos y mirar mis manoleínas, creo que pude ver el cambio que estaba a punto de producirse en mi vida. No sería la única señal. Sin necesidad de pintarme un camino de rosas, Carmen había tenido la virtud de animarme y darme seguridad. Salí de su casa muy entusiasmada a comprar los zapatos con los que intentaría dar el primer paso importante para ser maniquí de alta costura. En aquellos momentos no sentía ningún tipo de temor. Antes bien, creo que me sentía como imagino que se sienten los exploradores a punto de entrar en un territorio desconocido y donde se imaginan un sinfín de aventuras.



la LUZ al final de la infancia

Conseguir los zapatos no fue fácil. No podía gastar mucho y tampoco tenía muchas opciones donde elegir, pues, al buscar un número acorde con mi altura, las posibilidades se reducían a unos pocos modelos. Después de visitar varias zapaterías, finalmente encontré unos zapatos tipo sandalias de color verde brillante.



Bajo los efectos de esa visión y del entusiasmo que me corría por las venas, las palabras de Carmen instruyéndome sobre el modo de sostenerme sobre los zapatos de tacones altos me llegaban con extraordinaria nitidez. Su voz era dulce y me transmitía una gran serenidad. **De no haber sido así hubiera necesitado más días de los que empleamos para que yo caminara «al modo de Pertegaz».** Dicho modo consistía en una forma muy especial de mover las caderas y poner un pie delante del otro al dar los pasos, como si se caminara sobre una línea recta, y al mismo tiempo mover los hombros al ritmo de las piernas, para dar equilibrio y cadencia al movimiento del cuerpo. Esta manera de caminar por la pasarela era muy elegante y con el tiempo yo conseguí darle mi toque personal. Caminar en una pasarela no es como camina la gente por la calle. Carmen me enseñó a mantener recta la espalda, las posiciones correctas del cuerpo y cómo mover las piernas y dar los pasos. Sus indicaciones eran sencillas y yo las interpretaba caminando arriba y abajo por su pasillo, con un libro en la cabeza para mantener el cuello estirado y la cabeza erguida, método que, cuando tuve la escuela, preferí no utilizar con mis alumnas.

Todo lo que ella me enseñaba, después yo seguía practicándolo en mi casa, donde iba y venía por el pasillo hasta que me daba la sensación de que me salía natural, sin necesidad de pensar que mis tacones se elevaban varios centímetros del suelo y que el equilibrio sobre los tacones era precario. Debía andar con paso seguro si quería tener alguna posibilidad de éxito en alguna de las casas de alta costura, que eran muy elitistas, como me advirtió Carmen. También me puso al tanto de otras cosas con las que me iba encontrar en ese mundo, como la persecución a la que me iban a someter algunos hombres de la alta sociedad. Muchos de estos hombres creían que las casas de alta costura eran un coto, donde podían cazar a gusto. **«Es muy fácil caer –me dijo– si no estás preparada o no tienes claro lo que quieres hacer en tu vida.»** Pero, yo siempre lo he tenido claro.

percha,

estilo

y futuro

Saber lo que quieres hacer en tu vida tanto para evitar desviarse del camino como para afrontar los contratiempos o los fracasos es muy importante y yo no tardé en comprobarlo. Cerca de una semana después de haber empezado a prepararme, Carmen concertó una cita con Pertegaz y mi madre me acompañó a ella. No salió bien. El gran modisto no me hizo caso. Toda la ilusión que llevaba conmigo pareció evaporarse. Sentí rabia y decepción, pero esos sentimientos duraron muy poco. Enseguida, en cuanto salimos a la calle, la rebelde que llevaba dentro se hizo presente.